ALBERTO ORTIZ

BRIGADA

ROJA



TRADICION. MEXICO. 1983.

Primera Edición

Enero de 1983 -- 2,000 ejemplares.

EDITORIAL TRADICION, S. A.

Av. Sur 22 Núm. 14
(Entre Oriente 259 y Canal de San Juan)
Col. Agrícola Oriental. México 9, D. F.

Acabóse de imprimir el día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, de 1982, en los talleres de la Editorial Tradición, S. A., Av. Sur 22 No. 14 (entre Oriente 259 y Canal de San Juan), Col. Agrícola Oriental, Iztacalco, 08500 México, D. F. El tiro fue de 2,000 ejemplares.

N2 1126

Pedidos a los teléfonos

549 05 31 y 558 22 49

I NTRODUCCION

NIARKOS

ABANDONÉ el aeropuerto de Estambul. En las manos llevaba mis maletas. Busqué, entre los que esperaban, al guía que me conduciría a mi hotel.

Escrito en un pedazo de cartón, ensartado en un largo alambre herrumbroso y torcido por el uso, leí mi nombre. Me reí. Mi figura debía estar tan desluci da corno el original banderín que agitaban en el aire. Me acerqué al guía. A simples señas le di a entender que yo era la persona que esperaba. Me recibió con amplia sonrisa y creo me dio la bienvenida en turco, porque no entendí ni una palabra de su discurso.

Salimos del aeropuerto y echamos a andar en bus ca de su vehículo. Cuando lo encontramos, me lo se ñaló orgulloso. Era un viejo Ford, bastante maltrata do. Bajados los cristales se podía ver la felpa descolo rida y luída de sus cojines. En algún tiempo remoto debió haber sido de color verde intenso. El sonrió de mi estupor. Después de acomodar mi equipaje en el vehículo, exclamó : ¡ Es un gran coche !, dándole varios golpes al respaldo del asiento en que me iba a sentar. Una nube de polvo blanco, como harina, se desprendió y enrareció el aire del automóvil. Abrí la portezuela y me acomodé en el vehículo.

—¿ Americano? —preguntó. Entendí su cambio de idioma y contesté:

—Mexicano.

El me aseguró llamarse Niarkos, de origen griego. Era un tipo agradable. De todo reía. Por el camino rumbo al hotel me refirió que era padre de dos niños, por los que tenía que trabajar muy duramente. Ade más, en la vieja Grecia quedaba su madre anciana, a la que tenía que mantener. Reflexionó breves momen tos, y para justificar su acción, agregó:

—Es la ley de la vida.

Yo pensé: sólo es el amor.

A mi vez le referí que había nacido entre campesi nos, que cuando niño siempre me intrigó conocer qué había tras las montañas que cubrían el horizonte de mi pueblo. O descrifrar el murmurar del arroyo, cuando golpeaba los guijarros de su lecho. O qué le sucedía al hilo de agua cuando se perdía pendiente abajo en los quiebres de la sierra.

Llegamos al hotel. Era hora de comer. Le rogué a Niarkos me llevara a un restaurante. Cuando llegamos me enseñó orgulloso su elección. Comentó:

—El mejor sitio de Estambul.

Era verdad: desde donde estábamos podíamos con templar las aguas del estrecho. Pasé al comedor y es peraba que Niarkos me acompañara. El se quedó atrás, y lo llamé asegurando :

—Tú eres mi invitado.

El agradeció con breves palabras la atención y ocu pamos una mesa. Desde donde estábamos, podíamos dominar parte de la ciudad y del estrecho. Los mina retes de las mezquitas islámicas perforaban el azul del firmamento. Al fondo, amenazantes, las montañas de la vieja Asia cortaban en zig-zag el horizonte. Niarkos me mostró con su mano extendida el cuerno de oro, el antiguo sitio donde antaño los piratas berberiscos atracaban para vender lo capturado en sus viajes de

predatorios, raptos y robos, por el Mediterráneo. Yo hablé de las guerras en las que había intervenido Turquía. De la epopeya del *Emden* y del *Breslau,* dos barcos alemanes, que en la primera guerra mundial se encontraban en las aguas del Bósforo. Niarkos calló, y lo sentí alejado de la plática.

—¿ Qué te pasa? —le pregunté. Contestó con tristeza:

—Me amargan las guerras. En la primera guerra mundial mi abuelo cayó peleando en Servia. En la segunda, mi padre murió peleando contra los italianos.

Comprendí su razón. En aquellos momentos habíamos terminado de comer y le rogué me regresara al hotel. Por el camino comenté la extraña sensación que me habían causado las aguas del estrecho. El sonrió y me preguntó:

—¿Te gustaría ver el espectáculo más apasionante de Estambul?

Seguro! —indiqué intrigado, recordando que estábamos a las puertas del Oriente y que eso era el principio de lo misterioso o de lo fatídico. Convinimos en que él pasaría por mí cuando la tarde madurara en el espacio.

A la hora convenida llegó, rezongando su cacharro. Me trepé al vehículo. Arrancó, perdiéndose en un dédalo de callejuelas. Al principio le dimos la espalda a la ciudad. Pero después su camino fue constante en línea recta. Se conocía que muchas veces había hecho aquella ruta, porque los continuos baches del camino los libraba con instintivos quiebres del volante.

Yo iba callado, pero la mente es increíblemente elástica, y la mía elaboraba, por anticipado, el sitio a donde nos dirigíamos. Viéndome callado, adivinó mi pensamiento, me previno:

—No, no. ¡ No es opio, o mujeres sensuales o baila rinas exóticas lo que vas a ver ! ¡ A ti jamás te hubiera propuesto semejantes desviaciones ! Te llevo a un es pectáculo que nunca olvidarás. Al morir la tarde, las aguas del Mar Negro, empujadas por la marea, en tran en el estrecho del Bósforo, como si fueran mon tañas de fósforo, iluminando con su luz las playas del Canal.

Continuamos nuestra marcha y abandonamos las úl timas casas de la población.

Junto al tronco de una gigantesca encina se detuvo. El camino continuaba. No muy lejos se veía una casi ta de cuento de hadas, blanca con tejas rojas. Me la mostró indicando:

—A su lado encontrarás unos castaños, y tendrás sombra permanente. Cuando te canses, aquí estaré es perándote.

Eché a andar, tropezando a veces mis zapatos con los pedruscos del camino. Llegué al sitio indicado. Jun to a la casa había un jardín todo florido. A su lado florecían hermosos castaños. Encontré un tronco aban donado. En él me senté. Pude contemplar a lo lejos las montañas de agua que galopando se desprendían del inquietante Mar Negro. Llegaban al estrecho po derosas, y como manadas de elefantes que quisieran pasar todos por el cuello de una botella, perdían su fuerza y escurrían por el canal hacia el Mediterráneo.

TATIANA BRENN

Estaba entretenido con el espectáculo, cuando es cuché que tras de mí alguien hablaba. Al principio, no presté atención, por lo extraño de la lengua. Cuan do escuché que en francés se dirigían a mí, volteé y me encontré con una anciana, que me invitó :

—Venga, desde aquí podrá dominar mejor el es pectáculo.

Calló por breves segundos y agregó:

—Usted debe de ser amigo de Niarkos.

Moví la cabeza en señal de asentimiento. Me levan té, crucé un sendero y me encontré en el centro del jardín, al lado de una señora de edad muy avanzada. Su noble rostro debió ser muy bello; su mirar, aunque melancólico, era firme, y su voz dulce y no cascada. Me mostró un asiento, y me aseguró:

—Desde allí disfrutará mejor la fosforescencia del estrecho.

Hizo un arco con la mano extendida y me explicó :

—Cuando el sol trate de hundirse en el Oriente, por donde siglos atrás existió Troya, usted será testigo de algo inolvidable.

Pronunció algunas palabras que no escuché y entró en su casa.

Yo quedé hundido en la tarde y en la Historia. Me asaltó el recuerdo de Ayax, de Aquiles, de Héctor, lu chando a muerte por el amor de una frívola coqueta. Minutos más tarde el océano principió su acto. Del Mar Negro llegaba la impetuosa marejada, negra como alquitrán, y al entrar las aguas al canal perdían su aspecto de plomo líquido y se volvían fosforescentes, como si fueran los ojos de millones de cefalópodos licuados. Quedé fascinado. Permanecí quieto al ver morir la tarde con el extraño espectáculo de luces de Bengala. Me acerqué a la puerta de la casa para dar las gracias a mi anfitriona. El sonido de mi voz la atra jo a la puerta. Agradecí su gentileza. La tarde era ca lurosa, sentí sed y rogué por un poco de agua. Ella me invitó a pasar. Mientras regresaba, curioso recorrí sus propiedades. Frente a mis ojos se encontraba un piano, y a su lado, sobre un sofá, una balalaika rusa.

Segundos después apareció ella con el agua. Bebí con avidez del fresco líquido, y curioso pregunté:

Señora, ¿ toca usted el piano?

- Oh sí ! —contestó eufórica, e interrogante agre gó:

¿ Y usted?

--Un poco —respondí—. Pero lo hago por compo ner; me gusta más la composición que la ejecución.

El tono de su voz se volvió vivaz, y suplicó:

Toque algo!

Nunca he sido ni siquiera regular ejecutante. Pero toqué una de mis melodías preferidas: *Miura.* Un tema completamente español. Ella me dejó breves segundos, regresó con un papel pautado y un lápiz, y rogó:

—Toque otra vez.

Yo recorrí el teclado, tratando de darle el tiempo correcto a mi música. Cuando terminé, después de ha cerle algunas correcciones a la pauta que había escri to, se sentó ella al piano y ejecutó en forma excelente mi melodía. Me preguntó:

—¿ Tiene letra?

Sí ! --agregué.

—Cántela —suplicó. Mi voz no es buena, pero sí afi nada y sentimental. Entoné los versos que le había he cho al valor de un toro.

Miura... el toro de lidia
que marcha a la plaza
con tanta arrogancia, lleno de valor,
lanzas tu grito de guerra y
embistes furioso el engaño rojo
que es trampa mortal.
España... donde nacen los claveles...
de la sangre de los toros...
....

Cuando terminé me dijo:

—Bella música y hermosa letra.

Le pregunté:

—¿Le gustaría escuchar un tema ruso?

Curiosa preguntó:

—¿ También compone música rusa?

—¡ Seguro! —contesté. Regresé al piano y entoné la música del *Cosaco Bailarín,* mientras en papel pautado recogía ella lo que había escuchado. Cuando terminó creí que regresaría al piano; pero esta vez tomó su balalaika, ensayó algunas veces la melodía, y cuando creyó que la dominaba me suplicó:

—¡ Cántela!

No me suplicó dos veces, y entoné los versos.

Sucedió en el tiempo de los Zares,
que un cosaco que bailaba, a todos estremeció
en el pueblo en que vivía.
Todo mundo preguntaba
si la danza que él bailaba
nunca la iba a terminar.
Y *apostó lo poco que poseía...*

Me sentí halagado cuando me aseguró:

—Son bellas su melodías.

Me invitó:

—Siéntese, tome un asiento.

Y me dispuse a escucharla. Preguntó:

—¿Quién lo enseñó a tocar el piano?

—Nadie —aseguré—: mi viejo tocaba en forma magistral la guitarra, pero nunca me enseñó.

Ella continuó con la charla comentando:

—Yo soy Tatiana Brenn. Mi esposo era alemán y murió en la guerra. Bueno, eso creo, porque jamás

volvió, ni recibí noticias suyas. Yo tenía que sostener a mis hijos y me ingenié para dar clases. de idiomas y música, y con mi trabajo logré ahuyentar la miseria de mi casa.

A mi vez relaté:

—Soy amante de las cosas bellas, como la danza. He soñado con hacer un pequeño ballet. He luchado por realizarlo, pero he fracasado en el intento.

Me preguntó intrigada:

—¿Nunca has escrito?

—Muchas veces —contesté. Ella insistió:

—¿Poemas... artículos para periódicos... temas científicos. .. ?

— ¡ Nada de eso! He escrito, sin ningún éxito, nove las. Ya tengo algunos títulos, pero temo que permanez can para siempre en los cajones de mi escritorio.

Mientras yo hacía el pequeño relato de lo que ha bía hecho, se levantó y regresó con un servicio de té. Me sirvió el caliente líquido junto con unos pasteli llos. Yo me acordé de Niarkos y pronuncié su nombre. Me calmó asegurando:

—No te preocupes: con seguridad está durmiendo. Cuando despierte vendrá a buscarte.

Por alguna razón quiso conocer la raíz de mi pasa do. Y le relaté algunas anécdotas de lo que había he cho o visto en la vida. La culminación la logré cuando narré mis aventuras con,Esopo el Sapo. Al terminar mi relato, estaba muy seria. Como cuando un jugador profesional apuesta sus últimas monedas a una carta y tiene temor de enfrentarse con la realidad de la de rrota. Frunció un poco la boca, y por largo rato medi tó lo que iba a comentar. Sus labios dejaron escapar una voz seca, diferente en entonación a la que ya le había escuchado. Me preguntó cáustica:

—¿ Qué piensas del comunismo?

No pude contenerme, y exclamé encolerizado:

—Una mentira diabólica, inventada por los he breos, para beneficio de ellos. Vocifera Marx: por una sociedad sin clases. Pero ellos, los elegidos de Yahvé, continúan siendo la raza más elitista y racista que exis te sobre la tierra. Pregonan: La economía es el motor de la historia, y acaparan con sus monopolios todo el poder económico que pueden, para ser ellos el motor de la historia, con su economía. Arman lo que llaman Internacionales Comunistas. Y a ellas, como jefes, sólo judíos concurren de diferentes países. Marx ataca a los industriales, ocultando que el Estado no puede substi tuirlos sin provocar la bancarrota y el hambre.

Exclamé esperanzado:

—Algún día habrá una guerra entre Estados Uni dos y Rusia y sus pretensiones de dominio mundial se acabarán.

Tatiana detuvo mi exposición y me ilustró:

Todos tus puntos de vista son correctos, menos este último.

Me preguntó:

—Dime: ¿quién financió a los hebreos para la Re volución Rusa en 1917?

Yo aseguré:

—La Banca Europea Judía.

Tatiana afirmó:

¡Así fue!

Continuó:

Dime ahora : en esta época, cuando el pueblo ruso o sus satélites no tienen qué comer, porque las cosechas son malas, o se boicotea la producción, ¿ quién va en auxilio de estos países con trigo y carne para sus esclavos?

—La Banca judía-americana —aseguré.

A mi cerebro llegó una luz, y exclamé aterrado:

—¡ Son los mismos! ¡ Son ellos!

Ella no alteró ya el tono de su voz. Exclamó pro-. fética:

—¡ Muy difícil es que haya una guerra entre judíos Rusos y judíos Americanos! ¡ Perderían todo lo que han ganado!

Preguntó:

—¿Recuerdas en qué año subió Hitler al poder?

¡ Sí —aseguré—: por los años treinta.

—Así fue —afirmó y prosiguió—: ¿ Recuerdas en qué época principió la gran depresión económica mun dial?

Contesté:

—Por los mismos años. —Y agregué— : Pero no puede haber relación entre una cosa y otra.

Me miró burlona y suspicaz. Su sonrisa la mantuvo largo rato entre sus labios. En mi cerebro se embrolla ron mil ideas. De repente encontré una luz y exclamé :

Pueden haber sido ellos quienes principiaron en Estados Unidos la depresión para .

Me arrebató las palabras de la boca y aseguró:

Para lanzar la candidatura de un judío a la pre sidencia de los Estados Unidos, a Franklyn Roosevelt, y enfrentarlo al poder de Hitler. Y la Historia me da la razón. Roosevelt conocía el mes, el día y la hora que atacaría Japón la Bahía de las Perlas. Según su se cretario William Hopkins, lo supo veintidós días antes del bombardeo, y se calló, para enardecer al pueblo americano y lanzarlo a la lucha contra Japoneses y Alemanes. Continúan ellos escudándose en el pueblo Americano, para sus tropelías. Cuando el mundo sien te el horrible pulpo del poder de las multinacionales, que todo lo destruyen y esclavizan, no piensan en el pueblo hebreo, que es el causante de su desgracia, sino en el pueblo americano. Cuando la humanidad, por su pobreza económica, ve que sus riquezas son canjea das por simples pedazos de papel moneda, no piensa

en la banca hebrea, sino que dirige sus maldiciones al pueblo Norteamericano, que algún día también será esclavo de los elegidos de Yahvé. Los Americanos ya olvidaron que los judíos Rossenberg se robaron los se cretos de la bomba de neutrones y se los dieron a los judíos que dominan el Kremlin de Moscú.

Exclamé:

Es fantástico todo lo que hemos platicado !

Contestó áspera :

—Esperaba esas palabras tuyas. Suena a irreal lo que hemos comentado, pero tú mismo sostienes parte de mis verdades. Además, la historia diaria de los sucesos políticos o económicos del inundo siempre lo arrastra a uno en su dirección.

Tuve que aceptar que lo que decía era cierto. Se le vantó de su asiento asegurando:

—¡ Hablamos de teorías ! Pero ahora tendrás las pruebas originales en tu mano.

Entró en su recámara, y minutos después salía con varias cartas y un gran legajo de papeles. Me mostró los sobres envejecidos por el tiempo. Los matasellos con la fecha de expedición de cada carta. La prueba no dejaba lugar a dudas: eran verdaderos originales. Las cartas estaban escritas en alemán, y ella me las tradujo. Gran parte relataba las penas de un amante padre alejado de sus hijos y su esposa. Envuelto en el torbellino de la guerra, con el temor constante de la muerte. Las últimas resultaron interesantes: narraban que por su dominio del Ruso había sido enviado al frente del Este, agregado a una oficina de asuntos es peciales. El nombramiento le permitía en Rusia inves tigar a todos los personajes políticos que caían prisio neros en sus manos. Aseguraba que los puestos claves o importantes en la Industria o en la Política rusa per tenecían únicamente a los hebreos. Relataba que des pués de que investigaba a los prisioneros, éstos eran

enviados a campos de concentración en Polonia. La última misiva resultaba patética. Fue escrita meses antes de que la guerra terminara. Cuando ya Alema nia lo había perdido todo. La carta estaba fechada en algún lugar de Prusia, y Brenn confesaba :

Que había averiguado que a los hebreos los crema ban. Que la cifra de inmolados era aterradora. Asegu raba que en total podían llegar al medio millón de muertos. Que ante el salvajismo que se practicaba en los campos de concentración de Polonia, ayudó a esca par a algunos judíos. Que por todo lo que había visto se sentía defraudado y regresaba al frente como solda do raso. Le rogaba a su esposa que siempre les repre sentara a sus hijos el infinito amor que les había te nido y que ella lo recordara como su fiel, leal y aman te esposo.

Tatiana terminó de leer su correspondencia, y me preguntó:

—¿ Tienes alguna duda?

Yo exclamé:

—No, ninguna : todo está claro, menos un punto.

—¿Cuál? —preguntó alarmada.

—El de los hebreos cremados. Los elegidos de Yah vé sostienen que ellos perdieron seis o siete millones de seres en la guerra.

Tatiana sonrió y aseguró:

—Es su costumbre exagerar los acontecimientos, y en este caso inflaron la noticia, porque les representa un gran negocio. Alemania tiene que pagar por cada judío muerto mucho dinero. Por lo menos una gene ración de germanos tendrá que trabajar gratis, para engrosar con oro las arcas de Sión. Ahora los hebreos están arrepentidos por no haber contado, por ejem plo, una docena de millones de cremados. Alemania vencida hubiera aceptado, y en esas condiciones ten

drían a los germanos, por varios siglos, trabajando para ellos.

Tomamos algunos sorbos de té. Tatiana rompió el silencio confesando:

—Yo soy rusa. Nací en Sebastopol, y con el tiempo emigré a Petersburgo. Allí conocí a mi esposo, y aquí en Estambul nos casamos. Mi padre, Lázaro Kade nian, armenio, casó con mi madre Natalia, y por ser enemigos del comunismo fueron perseguidos toda su vida por una Brigada Roja. Mi madre y sus amigos fueron inmolados por los esbirros de los comunistas. Mi padre... ya verá usted su historia.

Tatiana exclamó:

Nunca lo crea, pero el pueblo ruso no pudo ser el creador del comunismo: un pueblo que cree en bos ques poblados de fantasmas, en cisnes encantados, bru jas jóvenes y hermosas, magos, gnomos, hechiceros y danza su ballet y canta en coros en la forma en que lo hace, no es posible que creara la aberración del co munismo.

Tatiana lloró al recordar a su padre, a su madre y a su esposo muertos. Enjugó sus lágrimas. Me pre guntó:

¿Qué idiomas lees?

Yo contesté:

—El francés y el inglés; un poco el italiano.

Tatiana me mostró el grueso legajo de papeles que había quedado tirado en el suelo, lo levantó y reveló:

—Esta es la historia de mi padre, de mi madre y de los amigos que los rodearon. Inmolados en forma bestial por los comunistas. Léela, y si la encuentras in teresante, haz una novela.

Preguntó:

¿ Cuántos días piensas permanecer en Estambul?

Contesté:

—Unos ocho o diez días.

Ella aseguró:

—Si quieres, puedes tener tiempo de leer mis memorias y tomar nota, bajo la condición de que el día que te marches, me regreses mis documentos. Cuando muera, quiero que mis memorias bajen a la tumba conmigo.

Me pareció interesante la proposición, y prometí :

—No se preocupe: antes de marcharme, usted tendrá los documentos en sus manos.

—¿Es una promesa? —preguntó ella.

—Es un juramento ante Dios —contesté yo.

Guardé los documentos entre mis ropas y me marché a despertar al dormilón de Niarkos. Ocho días después, me fui a despedir de Tatiana, y le regresé sus papeles, prometiéndole que haría una novela con la trama de la vida de sus padres:

LAS MEMORIAS DE TATIANA BRENN

Muchas gracias a las siguientes personas:

SR. DON ENRIQUE FAIRLIE FUENTES

SR. LIC. DON SALVADOR ABASCAL

SRITA. DÑA. Rocío PÉREZ

por la inestimable ayuda que me brindaron para ver publicada esta obra.

LA BRIGADA

LÁZARO Kadenian recorría los episodios de su corta historia. Razonaba : muchas veces una simpleza o un grave problema suelen ser un escollo. Pudo haber sido marinero y ocurría, a la postre, que se había converti do en conductor de hombres, en revolucionario, en líder.

Así le sucedió a él. Siendo niño, viajó con su padre, desde Persia a las estepas del Kubán. Y después por el Cáucaso, hasta Samarkanda, donde el Volga vierte sus aguas en el cerrado Mar Caspio. Más tarde, el viejo Kadenian emigró a Sebastopol y allí se es tableció.

A Lázaro le fascinaba el mar. Era feliz al sentir en sus pulmones el aire marino. Indudablemente con el tiempo habría llegado a ser un gran piloto o un buen pescador. Pero sus ilusiones se deshicieron como pom pas de jabón. Su padre consiguió trabajo en un viejo barco que no ofrecía ninguna seguridad. Todos los marinos esperaban un trágico desenlace del maltre cho casco. Sus viejas calderas ya no levantaban pre sión. Estaban muy usadas y mal construidas.

En aquel último viaje, los marinos, antes de surcar el océano, protestaron en todos los tonos contra el bu que, pero no fueron escuchados.

Días después, la nave se hallaba navegando en las embravecidas aguas del Mar Negro. La tormenta obli

gaba a los fogoneros a enviar más carbón al fogón de las calderas, y esto precipitó la tragedia. Los forros de acero no soportaron la presión, y el barco y sus tri pulantes volaron por los aires.

Otro buque encontró los restos del naufragio y lle vó la noticia a Sebastopol.

Kadenian se presentó ante varios jueces implorando un poco de justicia. Nadie lo escuchó. Sobre aquella tragedia se tendió una gruesa capa de silencio y el su ceso fue olvidado.

Resentido contra los hombres que manejaban el po der, se movió entre los activistas que agitaban a los trabajadores contra el Zar. Escuchaba sus conceptos revolucionarios, y si sus razonamientos le parecían equivocados, rehuía cualquier tipo de discusión que pudiera suscitar fricciones entre los grupos que lucha ban contra el despotismo zarista.

Lázaro Kadenian luchaba por un "FRATERNA LISMO". Proponía que : El trabajador tiene derecho a participar de las utilidades que se logren en la ven ta de los bienes de consumo.

Que en las urnas electorales, el voto del pueblo de bía ser respetado para elegir a sus gobernantes.

Que los campesinos fueran dueños de sus parcelas.

Que el obrero tenía derecho a un salario razonable; y que las constituciones de todo país no debían ser de izquierda ni de derecha. Buscaba un justo medio, para aplicar la verticalidad de la justicia.

El trabajo de Kadenian se enfocó a tratar de for mar grupos de conspiradores, y lo alcanzó. A pesar de que muchos de sus afiliados fueron tentados por otros revolucionarios, su grupo permaneció firme y leal al jefe.

Kadenian semejaba una estatua estilo griego. Su cabello negro ensortijado no era largo, y su perfil he leno resplandecía con ojos de color negro acerado.

Era fuerte. Sus poderosos brazos movían fácilmente lo que dos hombres, a duras penas, estibaban en la bo dega de los barcos.

En una de las reuniones a las que fue invitado por un grupo marxista, conoció a Igor Varensky. No po día pasar inadvertida para nadie aquella mole de manteca. Un coloso, de caminar lento y pronunciado. Observándolo por la espalda, no se establecía diferen cia alguna entre él y los paquidermos. Comentaban que era más fácil brincarlo que rodearlo.

A todas las bromas Igor Varensky respondía con una mueca sorda y amenazadora. De rasgos vulgares y toscos, miraba con las pupilas contraídas y daba la sensación de sentir profundo desdén hacia todo lo que le rodeaba. Sus mejillas abultadas y sus bigotes largos y escasos lo hacían parecer una morsa o elefante ma rino.

Igor era caucásico. Había nacido en una familia de burgueses, pero tuvo la mala fortuna de perder a sus padres en una epidemia de tifo y quedó al cuidado de una hermana de su padre, la cual tenía fama de afi cionada a la brujería.

La pintoresca tía recetaba, por igual, pócimas para el amor o para alejar a los malos espíritus. En oca siones fabricaba filtros mortales, que ponía a disposi ción de quien alquilara su mercenaria mano. Con las cartas corría el velo del futuro y adelantaba el porve nir. Esa era Rosa Varensky, que amaba, como a hijo, a su sobrino.

En la escuela, Igor comenzó a dar muestras de lo que sería en la vida. Si alguno de sus condiscípulos se atrevía a burlarse de su obesidad, con increíble agi lidad procuraba brincar y caer, de talones, en la pun ta de los pies del desventurado.

En las primaveras se dedicaba a los insólitos depor tes de saltar entre los charcos y de cazar ranas, y en los

duros inviernos provocaba avalanchas de nieve cerca de los sitios habitados. Era un hombre capaz de hundir su barco, con tal de ver a un enemigo ahogado.

Alguna vez subió por las ramas de un pino. El leño no soportó el peso y se desgajó. Por un tiempo quedó fuera de circulación, bajo la angustia y los cuidados de su tía Rosa.

Ya más grande, alguien tuvo la ocurrencia de invitarlo al coro de la iglesia. Fue una sorpresa.

El coloso había sido agraciado con una hermosa voz de bajo. Sus primeros días en el coro fueron de placer para los popes, pero una tarde la tía Rosa vio llegar a su sobrino jaloneado por uno de los santones, que lo había sorprendido registrando los cepos de las limosnas.

—¡ Aquí está este engendro del demonio ! —rugió el pope y volteó en presencia de la tía sus bolsillos repletos de calderilla y tintineante plata.

Ella, amargamente, comentaba :

—¡ No sé por qué se le cierran todas las puertas al bueno de mi sobrino !

Por último, a la tía le aconsejaron internarlo en un seminario. Allí limó sus asperezas y se educó. Cuando todos esperaban que fuera un apacible cura de pueblo y se ordenara, se fugó del monasterio con la sobrina de uno de los monjes, llevándole, de paso, todos sus ahorros.

Varensky desapareció del mapa. Despectivamente sentenció: ¡ Que murmuren!

Posteriormente apareció en el puerto de Sebastopol al frente de un grupo de activistas, todos ellos marxistas-leninistas que adoctrinaban a los obreros. Tenía facilidad de expresión, y cada vez que hablaba, la multitud rugía de entusiasmo.

Cierto día, después de las faenas, Kadenian se refugió en una cantina. Ocupó uno de los rincones que se

encontraba oscuro por lo mal iluminado. Cerca de él, disimulada por una cortina, había una puerta falsa. El Gordo buscaba a alguien entre los parroquianos. justo en la penumbra distinguió su rostro y orientó sus pasos hacia él.

Kadenian, que comía con un ojo siempre al acecho, vio llegar a Varensky. Sabía que éste era uno de los comunistas mejor preparados. En alguna ocasión re cordaba haberlo visto con los tabloides escritos por Karl Marx bajo el brazo: *El Capital, La Sagrada Fa milia, Miseria de la Filosofía.* El obeso presumía de que eran contados quienes podían descrifrar aquella "escritura maya".

Cuando se acercó, el armenio trató de ignorarlo, pero escuchó como el retumbar de trueno un : ¡ cama rada!, pleno de euforia. Lázaro levantó la cabeza, es grimió una leve sonrisa y se irguió para estrechar la mano que le ofrecían. Segundos después, invitaba al re cién llegado a disfrutar de un vaso de cerveza.

El tabernero llegó con las bebidas. Varensky sorbió con glotonería. De sus labios escurrió en gruesas gotas el licor de cebada fermentado, y el dorso de su mano le sirvió de servilleta.

¡ Moría de sed ! —comentó.

—Eso veo —respondió Kadenian, sin dejar de ob servar el brillo de sus ojos, tratando de adivinar lo que se ocultaba tras de su esquiva mirada.

—¡ Queso y arenques! —ofreció Kadenian.

El gordo, que no era vegetariano, aceptó de inme diato y, a modo de explicación, agregó :

—¡ Comprenderás que lo que gano no me permite satisfacer las necesidades de mi cuerpo ! Por mi físico debería ganar dos o tres salarios a lo menos.

La mirada comprensiva de Kadenian lo acompañó desde el primer sorbo hasta el último bocado. Cuando terminó de comer, se dibujó en su rostro un gesto ama

ble y comenzó a explicar en voz baja el motivo de su visita.

—Tu grupo es compacto y fuerte. Son hombres de vanguardia. Me agradaría contar con tu permiso para dirigir la palabra a los compañeros y explicarles lo que lograríamos estando unidos. Sé que tienen una reunión. Yo aprovecharía el momento para explicar a tus hom bres lo que es el comunismo, la dictadura nueva del proletariado, lo que dicen el camarada Lenin y Marx.

Agregó : —Estamos en el mismo tren. Luchamos contra lo mismo. Ya no son tolerables el despotismo, el absolutismo desenfrenado. Deseamos que desaparez can las clases y la propiedad privada.

Sostuvo: —Apóyame, camarada, y no te arrepen tirás. En toda Rusia se forman brigadas rojas, que al final lucharán contra la autocracia del Zar, bajo la bandera del comunismo.

Kadenian lo escuchó silencioso. Sus labios no se ha bían despegado y razonó in mente. Si el coloso sabía de su reunión, que la consideraba secreta, era porque alguno de los conspiradores de su grupo se lo había dicho. Optó por no aceptar ni negar el favor que le pedía y contestó :

—Nosotros somos hombres libres y tenemos dirigen tes a los que debemos consultar. Da por hecho que si la mayoría de nuestros compañeros apoya tu proyec to, nadie se interpondrá entre tu discurso y nuestro grupo.

Varensky, interesado ante el sesgo que tomó la con versación, preguntó entusiasmado:

—¿ Cuándo tendré la respuesta definitiva?

—Mañana por la noche —gruñó Kadenian.

—No te arrepentirás de este paso, camarada —con tinuó charlando el bolchevique—. Pronto llegará el jefe de nuestro grupo en Tiflis. Es el camarada Stalin. Te lo presentaré. Llegará muy lejos. Es el hombre del

futuro. En Rusia, todo lo que no se condicione a su pensamiento acabará triturado.

El coloso se levantó de su banco preguntando:

e Dónde y a qué hora nos reuniremos mañana?

Aquí mismo, por la noche.

Kadenian, a su vez, abandonó el figón y corrió a buscar a sus hombres. Reunidos esa noche, en el cuarto redondo que le servía de albergue en el risco de la montaña, los consultó para saber si no había oposición para escuchar en su próxima reunión al marxista Varensky. La concurrencia votó la propuesta, y por unanimidad fue aprobada. Kadenian advirtió a sus hombres lo que era el marxismo y aclaró:

—El marxismo no es más que un nuevo camino hacia el esclavismo. La humanidad, a través de su historia, ha ido construyendo diferentes capas sociales. Marx las rompe cuando dice : Todos iguales. El equilibrio está roto. No puede existir igualdad más que ante la ley. Marx, con su absurdo, coloca en una sola mano dos poderosos monopolios: el de la política y el del poder económico, más crueles y más nefastos para la humanidad, estando juntos, que los ya conocidos. Debemos buscar gobiernos democráticos, por elección, y así el hombre encumbrado en el poder tendrá el freno de una constitución.

Marx nunca explica cómo se puede controlar la ambición, base de los movimientos económicos, porque la ambición existe, como la sangre, la coquetería de la mujer, la luz en el nuevo día. Se debe ser prudente. Si a algunos de nuestros afiliados les seduce el comunismo, debemos hacerlos reflexionar, y, en caso de persistir en sus ideas, entregarlos a su propia suerte.

Nietzvinsky era uno de los intelectuales de aquel grupo. Reía complacido de lo enunciado por Kadenian. Las palabras del armenio coincidían con sus razonamientos. La voz desafinada del polaco propuso

(porque los sucesos lo estaban exigiendo) que se for mara un grupo de choque, a usanza de los comunistas, para defender a sus afiliados. Fedda, el agresivo georgiano, fue nombrado jefe. Sus azules ojos cente llearon cuando le fueron explicadas ampliamente sus obligaciones. Rascó la barba brava que adornaba su rostro y sentenció :

—¡ Serán cumplidas las órdenes que dicte el comité !

Los hombres abandonaron la pobre cabaña del risco. Poco después Kadenian quedaba solo con Nietzvinsky. Los amigos se asomaron al panorama que se extendía bajo sus pies. La ciudad dormía, y en algunos barrios brillaban rayos de luz que escapaban desde donde la ambición no descansaba. El cielo mostraba miles de estrellas, y la luna, navegando solitaria, había cubierto la mayor parte de su viaje. Nietzvinsky, mirando hacia la inmensidad del océano, profetizó:

—A la humanidad le esperan días difíciles. Tras cada problema económico se esconde una ambición, y lo que rige la vida de la generalidad de los hombres es la economía, no un ideal. Tal vez nunca veamos nuestros sueños hechos realidad : Un mundo democrá tico en el que nuestra teoría del fraternalismo sea un hecho. Pero si triunfa el comunismo, la raza humana será esclavizada.

Los primeros rayos del sol destruyeron el embrujo de la noche que se marchó navegando dentro del ne gro manto que extendió sobre la tierra. Las estrellas palidecieron y desde aquel lugar se veían los acantila dos que bordeaban la bahía, rodeados de un collar de blanca y ondulante espuma.

Nietzvinsky contempló con el armenio las primeras luces de la mañana y, despidiéndose, caminó por el sendero de lajas que conducía a la ciudad.

Pasado mediodía, Kadenian abandonó su cabaña. Esa noche tenía cita con el coloso Varensky y deseaba

que todos los afiliados estuvieran enterados. Por el ca mino entró a una hostería, situada sobre la vereda que constantemente recorría. El dueño, su amigo, era mili tante del fraternalismo. Se trataba de un cosaco de barba larga, como la de Noé. Cara afilada y arrugada, como bola de papel estrujado. Su vestimenta era la clásica de los campesinos rusos. Calzaba botas sin lus tre, las que ya habían visto desfilar sus mejores días. El cosaco se levantó al llegar su amigo y exclamó:

—¡ Es un placer verte, armenio!

Kadenian tomó asiento y lo apuró diciendo:

—Sírvame un poco de comer, estoy hambriento.

Nicolás Dibenko destapó una botella de vino espa ñol, y la ofreció, junto con un plato de queso y carnes secas. La plática continuó.

Kadenian acercó su rostro a los largos mostachos de su amigo y le susurró al oído:

—Cuando marchemos a repartir propaganda, ten dremos una cita con el coloso Varensky, en la taberna *La Sirena*.

Al oír Dibenko el nombre de Varensky, hizo un ges to de disgusto y bramó:

Nunca me ha gustado el gordo! Tiene tipo de traidor, y algún día puede vendernos a la policía.

—Varensky es otro luchador como tú o como yo. Es enemigo de los déspotas que nos rigen y busca el bienestar de los humildes —lo refutó el armenio.

Dibenko continuó:

—No creas: esos individuos, los comunistas, anhe lan el poder nada más para ellos. Es imposible que pueda existir una dictadura del proletariado. Sólo a un tarado se le puede ocurrir pregonar que únicamen te campesinos y obreros sean gobierno. Nunca suce derá. Kadenian insistió:

—Lo vamos a invitar al mitin de fin de semana y, si lo que predica no te gusta, refútalo. En nuestras reuniones hay libertad para expresarse.

Kadenian quedó solo, y meditó. Varensky provocaba una extraña sensación de repulsión. Lo contrario de la mayoría de los gordos, que despiertan una conta giosa alegría.

Por la ventana contempló cómo a unos terrenos baldíos llegaban los carromatos de varios circasianos. Jadeaban los caballos que tiraban de ellos, y algún babeante espumarajo escapaba de sus hocicos, pro vocado por el tiránico jalón del freno. Se veían can sados y sudorosos, como si terminaran de hacer un largo viaje. Las ruedas de los carros quedaban mar cadas en la alta hierba del baldío. Kadenian se en tusiasmó. En las paredes de los cajones estaba escrito con letras de colores: "Gran Circo Orrin". En los carromatos cerrados se veían los temibles leones centro africanos, chacales, varios tigres siberianos, y atrás, caminando libremente, una larga fila de elefantes. Los látigos de los cocheros restallaban en el lomo de las bestias. En el espacio de algunos minutos comenzó, en el abandonado predio, una actividad inusitada. Los hombres corrían, daban órdenes y maldecían todo lo que se interponía en su camino. En los pesados traba jos ayudaron los elefantes, los cuales con su fuerte trompa arrastraban enormes puntales de madera que servirían para sostener las carpas de lona embreada. Los hombres, a golpes, clavaban las cuñas de madera que sostendrían los cables de amarre de la carpa.

La tarde murió y los titilantes luceros comenzaron a aparecer anunciando la noche. Los dos amigos des cendieron hacia la ciudad. Kadenian, junto con Di benko, enfiló rumbo al sitio donde el día anterior ha bía tenido la plática con Varensky.

La brisa mecía las copas de los árboles dulcemente, como un padre que acaricia la cabeza de sus hijos e introduce una mano entre sus cabellos.

Caminaron mucho antes de cruzar la puerta de la taberna. Cuando llegaron, encontraron, perdido en la

que todos los afiliados estuvieran enterados. Por el camino entró a una hostería, situada sobre la vereda que constantemente recorría. El dueño, su amigo, era militante del fraternalismo. Se trataba de un cosaco de barba larga, como la de Noé. Cara afilada y arrugada, como bola de papel estrujado. Su vestimenta era la clásica de los campesinos rusos. Calzaba botas sin lustre, las que ya habían visto desfilar sus mejores días. El cosaco se levantó al llegar su amigo y exclamó:

—¡ Es un placer verte, armenio!

Kadenian tomó asiento y lo apuró diciendo:

—Sírvame un poco de comer, estoy hambriento.

Nicolás Dibenko destapó una botella de vino español, y la ofreció, junto con un plato de queso y carnes secas. La plática continuó.

Kadenian acercó su rostro a los largos mostachos de su amigo y le susurró al oído:

—Cuando marchemos a repartir propaganda, tendremos una cita con el coloso Varensky, en la taberna *La Sirena.*

Al oír Dibenko el nombre de Varensky, hizo un gesto de disgusto y bramó:

Nunca me ha gustado el gordo! Tiene tipo de traidor, y algún día puede vendernos a la policía.

—Varensky es otro luchador como tú o como yo. Es enemigo de los déspotas que nos rigen y busca el bienestar de los humildes —lo refutó el armenio.

Dibenko continuó:

—No creas: esos individuos, los comunistas, anhelan el poder nada más para ellos. Es imposible que pueda existir una dictadura del proletariado. Sólo a un tarado se le puede ocurrir pregonar que únicamente campesinos y obreros sean gobierno. Nunca sucederá. Kadenian insistió:

—Lo vamos a invitar al mitin de fin de semana y, si lo que predica no te gusta, refútalo. En nuestras reuniones hay libertad para expresarse.

Kadenian quedó solo, y meditó. Varensky provocaba una extraña sensación de repulsión. Lo contrario de la mayoría de los gordos, que despiertan una conta giosa alegría.

Por la ventana contempló cómo a unos terrenos baldíos llegaban los carromatos de varios circasianos. Jadeaban los caballos que tiraban de ellos, y algún babeante espumarajo escapaba de sus hocicos, pro vocado por el tiránico jalón del freno. Se veían can sados y sudorosos, como si terminaran de hacer un largo viaje. Las ruedas de los carros quedaban mar cadas en la alta hierba del baldío. Kadenian se en tusiasmó. En las paredes de los cajones estaba escrito con letras de colores: "Gran Circo Orrin". En los carromatos cerrados se veían los temibles leones centro africanos, chacales, varios tigres siberianos, y atrás, caminando libremente, una larga fila de elefantes. Los látigos de los cocheros restallaban en el lomo de las bestias. En el espacio de algunos minutos comenzó, en el abandonado predio, una actividad inusitada. Los hombres corrían, daban órdenes y maldecían todo lo que se interponía en su camino. En los pesados traba jos ayudaron los elefantes, los cuales con su fuerte trompa arrastraban enormes puntales de madera que servirían para sostener las carpas de lona embreada. Los hombres, a golpes, clavaban las cuñas de madera que sostendrían los cables de amarre de la carpa.

La tarde murió y los titilantes luceros comenzaron a aparecer anunciando la noche. Los dos amigos des cendieron hacia la ciudad. Kadenian, junto con Di benko, enfiló rumbo al sitio donde el día anterior ha bía tenido la plática con Varensky.

La brisa mecía las copas de los árboles dulcemente, como un padre que acaricia la cabeza de sus hijos e introduce una mano entre sus cabellos.

Caminaron mucho antes de cruzar la puerta de la taberna. Cuando llegaron, encontraron, perdido en la

penumbra, al gordo, que jugaba con un vaso que ha bía contenido vodka.

—¡ Siéntense, camaradas ! —invitó el caucásico, y con la mano señaló dos sitios alrededor de su mesa.

Los dos hombres se acomodaron y Kadenian abrió los labios e informó :

—Te aguardamos mañana en la noche. Podrás di rigir la palabra a nuestros compañeros. Te esperamos en la carretera de los Zares, al lado de los viejos enci nos. La invitación es personal y no puedes llevar a nin gún miembro de los tuyos.

—¡ Conforme, camarada! Ahí estaré, centinela, tal cual lo indicas.

Se despidieron :

—¡ Salud, camarada! —exclamado en forma peyo rativa por Nicolás Dibenko.

Poco después se encontraron camino al muelle, y en medio de cables, cadenas y mercancías amontonadas, comenzaron a repartir entre sus simpatizantes la pro paganda subversiva que portaban.

Al término de su labor, los dos hombres, sentados en el muro de hormigón que rompía el oleaje, disfruta ban del panorama. La noche había caído, y en los mue lles, plateados por la luna, se podían ver, recortadas por el horizonte, las románticas siluetas de los barcos de vela, que poco a poco iban cediendo su sitio a las poderosas naves de vapor.

Los barcos de tablones se miraban tristes, con sus velas y aparejos caídos, al lado de los enormes y ma jestuosos monitores de acero, que utilizaban la fuerza del vapor para moverse.

Dieron espalda a la escena que contemplaban, y vol vieron sobre sus pasos, rumbo a la posada.

Olga apareció en la puerta. Era la esposa de Diben ko. Había atendido aquella tarde la hostería.

Cuando regresaron, en el llano ya estaban alineadas las carretas de los hombres que trabajaban en el circo. Frente a las fogatas, los zíngaros, alegres, calentaban sus meriendas, tocaban sus balalaikas, y acompañados de golpes de panderos, entonaban hermosas melodías, plenas de romanticismo, en la cálida noche de verano.

Kadenian continuó por la vereda que lo llevaba a la cabaña. En su cuarto quedó pensativo. La tarea podía ayudar a mucha gente a ser feliz. Creía en su teoría del fraternalismo. Podía conducir al mundo por una ruta superior al comunismo. El sueño se colgó de sus párpados, los volvió de plomo y lo venció.

Al despuntar el día se asomó a la puerta de su cabaña. Desde aquel sitio observó el puerto. Algunos barcos se alejaban, y la figura se perdía en el horizonte. Otros llegaban, y las velas, blancas como lirios, los denunciaban. Parecían estáticos, teniendo por fondo aquel frasco de tinta azul que era la inmensidad del horizonte.

Absorto, no se dio cuenta de que el sol ya daba pasos sobre la tarde y sintió, en su estómago, ruido de tambores. Abandonó la cabaña y comenzó a descender por el polvoriento camino.

Al llegar a la posada de Dibenko, contempló a los zíngaros, que como hormigas llevaban muy adelantada la armazón del circo. Ocupó una mesa y se sirvió de comer. Por la ventana podía seguir el interesante trabajo de los circasianos.

Kadenian no estaba sobrado de plata. Sólo unos cuantos rublos lo acompañaban, y decidió, al terminar de comer, probar fortuna, buscando algún trabajo con los cirqueros. La suerte vino en su ayuda. Un enorme puntal, de los que iban a sostener la carpa, amenazó caerse. Kadenian vio el peligro, corrió a tiempo y tuvo la fortuna de asir el cable que sostenía el poste. De él se colgó y detuvo la caída del enorme tronco de pino.

Minutos después llegaban varios hombres y lo ayudaron. Más tarde, un elefante, con su poderosa trompa, enderezaba el altísimo madero. Rudamente regañó el capataz a los responsables, y dirigiéndose a Kadenian le preguntó:

—e Quieres trabajar?

El armenio simplemente contestó:

—¡ Lo necesito!

Poco después, el conspirador se hallaba empuñando un marro, clavando estacas o jalando cuerdas para ponerlas tensas. Kadenian pensaba que si no estuviera enrolado en el problema de derrocar al mal gobierno del Zar, le gustaría proseguir en la pintoresca vida de los circos.

Por la tarde lo llamó el capataz y lo aduló:

Eres un buen obrero, y si lo deseas, puedes continuar con nosotros! Kadenian aceptó la oferta, brincó a la taberna y pidió de comer.

La noche había llegado. La poco concurrida hostería dio cabida a casi todos los artistas. No parecía Rusia. Se podía pensar en una torre de Babel por la cantidad de idiomas extraños que se hablaban.

Trapecistas y contorsionistas llegaban del Asia Central, y eran mongoles. Los georgianos hablaban su dialecto. Los tártaros, el suyo. Circasianos, el ruso. Kadenian y Dibenko, el armenio. Pero todos ellos, adoradores de un dios único: el mitológico Baco, porque a toda copa servida se le rendían honores y era vaciada.

La posada quedó sola. Dentro, la luz de los candiles hacía danzar, como fantasmas intangibles, las sombras que proyectaban sobre las paredes. Kadenian miró la hora en la esfera del reloj colgado de un clavo empotrado en la pared.

—¡ No tardo! —exclamó, y salió por el sendero que llevaba a la antigua carretera de los zares.

Abajo brillaban faroles de gas que iluminaban la avenida. Le entretuvo el contarlos. Corrían, paralelos, unos tras otros, y terminaban en el paseo de la costa.

El sendero lo llevó frente a la viejas encinas que pa recían guardias custodiando una fortaleza.

La tradición decía que allí, a la sombra de aquellos viejos árboles, los soldados del Zar se habían reunido para batirse con los soldados aliados que habían pues to sitio a la vieja Sebastopol. No muy lejos, se hallaba Malakov, el lugar donde el quinto regimiento de ca ballería inglesa había escrito páginas de gloria.

Kadenian se acercó a las encinas. El follaje y la noche formaban alrededor de ellas un manto impene trable de tinieblas. En medio de las sombras vio brillar el cono rojo de un cigarrillo. Una voz ronca lo saludó :

—¡ Camarada! Ya estaba pensando que no llegarías.

La voz, era de Varensky. Su figura se recortó sobre el cielo estrellado, como si fuera el tronco de otra gi gantesca encina.

—Lo importante es que estoy aquí —contestó el ar menio.

Los dos hombres abandonaron el refugio de las en cinas y echaron a andar rumbo a la posada. Por el ca mino, Kadenian abrió la charla. No creyó prudente decirle que iban a la taberna de un amigo, y trató de despistar al coloso diciéndole:

—Ya sabes. Nosotros siempre nos reunimos en dife rentes sitios, y esta vez hemos logrado que se nos per mita hacer el mitin en una taberna.

Varensky también conocía el oficio. Gruñó :

—Los revolucionarios debemos ser precavidos. Por ningún motivo las reuniones deben hacerse en el mis mo sitio. Facilitaríamos el trabajo a la policía.

—De acuerdo con tu teoría —contestó el armenio—. Me agrada nos comprendas. Pensé estarías molesto por no indicarte el lugar.

—Al contrario —alegó Varensky—. Es motivo de felicitación y calmante para mis nervios. Me sentiré tranquilo entre camaradas responsables.

Los dos hombres caminaron, entre vericuetos, para acortar el camino. El gordo jadeaba al tratar de seguir el paso del armenio. Pronto encontraron el dormido portal de la posada. Sobresalían sus hachones encendidos, y una vieja marmita de cobre, colgada de unas cadenas, rechinaba cada vez que el arcaico artefacto se columpiaba mecido por el viento.

Al parecer, ya los esperaban, porque la puerta se abrió, y dejó paso libre a los recién llegados. Dentro, los candiles, luchando contra las tinieblas, iluminaban a los concurrentes. Eran revolucionarios, permanecían callados y taciturnos. Los recién llegados saludaron.

Varensky conocía a muy pocos. Fue presentado. Después, en medio de un silencio respetuoso, comenzó a hablar. Al principio se refirió a asuntos generales, a la situación que privaba en Rusia, un país donde el derecho no existía. Al despotismo de los zares, a la falta de una constitución, al temor que surgía cuando se hablaba de la temible policía secreta.

—Debemos destruir al Zar, y a su policía, que se apoya en el terror —rugió colérico.

Sus palabras eran claras, espaciadas intencionalmente, pero muy elocuentes, y el éxito coronó su discurso. Varensky se perfiló como un orador bien dotado, y preparó al auditorio para que alcanzara éxito la exposición de sus argumentos.

Terminó aquella parte de su alocución pidiendo a los presentes unir sus esfuerzos y no menguar en la lucha que se había emprendido contra el carcomido aparato político de los zares. Un gesto de confianza corrió por el rostro del coloso al escuchar un aplauso general a sus últimas palabras.

El orador, cansado, pidió un vaso de cerveza. Di benko le ofreció uno. El gigante, de dos sorbos, lo vació, ante el asombrado tabernero. Kadenian comen tó en voz baja :

¡ El sorbo de los elefantes es un cubo de agua!

La observación del armenio hizo sonreír a los que lo escucharon. Varensky tomó algunos minutos de des canso. Luego su voz rompió el largo silencio. Golpean do con su puño cerrado sobre la mesa, desafiante, gritó:

¡Marx nos ha dado una Biblia! *El Capital,* la que hay que leer y seguir sus principios, los cuales nos con ducirán a un paraíso no soñado, en el que todos nos veremos como hermanos y el hombre no volverá a ser el anzuelo del hombre.

Esta vez sólo tres de los presentes aplaudieron las palabras del mefistofélico gordo. Kadenian advirtió que entre ellos estaría el que había entregado el "so plo" acerca de la reunión.

Varensky no se sintió seguro. Tal vez su aspecto de globo cautivo, recortado por la luz de los faroles, lo hizo sentirse ridículo. Pero no le importó, y prosiguió, tratando de ser implacable contra el capitalismo. Ha bló despacio, para que sus conceptos no se sintieran atropellados. Su voz clara resonó como el seco golpear de los tambores. Al terminar otro de sus párrafos, re comendó leer la literatura de Marx y Lenin. Esta vez se levantó Nietzvinsky, y lo refutó, diciéndole:

—Yo he tratado de leer esa literatura, pero es muy pesada, tediosa y provoca sueño.

Todos guardaron silencio ante sus palabras. Era un hombre que dominaba las teorías sociológicas. Varens ky lo miró con odio y recelo. No se amilanó y continuó su discurso. El orador se refirió entonces a la necesidad de hacer desaparecer las clases sociales y rugió :

¡La igualdad! ¡ La igualdad debe imperar entre los hombres de nuestra sociedad! Debemos luchar por una sociedad sin clases.

En aquel momento fue interrumpido por Yuri Nietz vinsky, que comentó con voz firme:

La igualdad debe ser ante la ley.

Sus palabras recibieron un fuerte aplauso. Varens ky prosiguió sobre el mismo tema :

—Las clases sociales deben desaparecer. En el co munismo no habrá clases. Todos seremos iguales.

El pequeño Nietzvinsky elevó su voz y preguntó:

¿Quiénes dirigirán los destinos de la patria comu nista?

—Los obreros y los campesinos serán la Dictadura del Proletariado —comentó el acorralado orador.

—Dando por buenas tus palabras y suponiendo sea cierto, dime, Varensky: ¿ todos los obreros y campesi nos gobernarán, o sólo un grupo de ellos?

—Sólo un grupo de ellos gobernará —gritó Va rensky endemoniado.

—Y eso, gordo, ¿no es formar clases sociales o cas tas? ¿ Cómo creen Marx y Lenin que empezaron las clases sociales? —prosiguió—. El tiempo y la expe riencia han formado tales clases, las que tú, con tu doctrina, crees poder destruir.

De acuerdo con tus palabras, el comunismo propo ne que sólo haya dos clases: los de arriba y los de abajo. Y como en un gallinero, las de arriba ensucia rán a las de abajo, y las de abajo sólo maldecirán a las de arriba.

Las palabras de Yury hicieron reír estruendosamen te a la concurrencia, y él prosiguió tenaz, atacando al secuaz de Marx.

Así sucederá en el gobierno que propones. Sólo habrá dos clases sociales. Los que disfruten del poder y los esclavos. En tu gobierno, colocas el poder en ma

nos de hombres ambiciosos que, con el tiempo, serán déspotas. Tu comunismo no es más que un camino para llegar al absolutismo. De Marx sólo debemos to mar sus mejores ideas, que no son muchas. Creo que un hombre de trabajo tiene derecho al fruto de su esfuerzo. Y si tal fruto es el dinero ¿cómo harás para que no lo guarde?

Varensky contestó erguido:

--En el comunismo, los hombres no tendrán necesi dad de guardar el capital. El gobierno lo guardará para ellos.

—Es decir —le contestó Yury—, en tu estado sólo se ganará para comer y vestir, y el resto de la riqueza, o sea la plusvalía, la manejará el gobierno.

—Así es. Será quien manejará la riqueza. —El gor do creyó haber encontrado la piedra filosofal con la respuesta porque se meció como globo cautivo por una cuerda.

El hebreo volvió a la carga y preguntó:

—¡ Idiota! ¿ Cómo creen tú, Marx y asociados, que comenzaron los ricos y poderosos? ¡ Ilústrate ! Exacta mente igual a como tú lo propones. —Y continuó de moledor asegurando:

—¡ Por esos caminos no se llega más que a la auto cracia y el despotismo! --Y lo amagó proclamando:

—El programa político que esgrime el "Fraterna lismo", para defender a la humanidad de los esclavis tas, predica :

Primero: Por soplo divino lo más hermoso que exis te, dentro de los límites del Universo, es la vida. Por lo tanto, el hombre tiene derecho a gozar de su pri vilegio, mientras no trate de destruir a sus semejantes.

Segundo: Jurídicamente, de hecho o de palabra, el hombre debe ser libre, hasta donde comience la liber tad de otro hombre.